

47/

CONFLICTO / SEGUIRÁ BAJO TRATAMIENTO SIQUIÁTRICO Y Sicológico

El reinsertado que intentó suicidarse porque sufre de delirio de persecución

OLGA LUCÍA MARTÍNEZ ANTE
Redactora de EL TIEMPO

Aceptó la pastilla tranquilizante y el yogurt para tomársela. Pero fiel a las normas de la guerra, Carlos Arturo Galindo le pidió a la persona que le ofreció el medicamento que se la tomara primero. Después de un rato, cuando vio que a Carolina Eslava, asesora y periodista del ministro de Defensa, no le había pasado nada, ingirió la suya. Antes y alerta (de nuevo fiel a lo aprendido en el conflicto) le preguntó si estaba armada.

Eslava, fiel a lo que pide la desmilitarización, la humanidad y el sentido común, le abrió su bolso y le mostró lo que llevaba: su celular y su avantel.

El hombre tenía un pantalón verde y una chaqueta, y se le notaba el cansancio de una noche en vela aferrado a la antena de una empresa celular del barrio Olaya (sur de Bogotá). Allí llegó luego de caminar los techos de las casas vecinas a la que habita con su familia (esposa y dos niñas de 6 y 14 años) y otros reinsertados desde que dejó la guerra y busca la paz.

Porque a las 10 p.m. del miércoles este hombre de 37 años, que hace cuatro meses desertó de las autodefensas, donde pasó tres años, se colgó de la antena. No fue por gusto, sufre de de-

El 18 de julio del 2003, Martín Gil-raldo, de 32 años, se subió el puente peatonal de la carrera 7a. con calle 33, de Bogotá, y amenazó con hacer explotar una granada de fragmentación tipo M126. Exigía 10 millones de pesos para la operación de su hijo. Cuando la Policía y otras entidades de seguridad intentaron persuadirlo, soltó la granada y hubo dos heridos.

El 17 de abril del 2004, el soldado

Narciso Silgado Escudero, preso de la ira porque los médicos del Batallón de Sanidad le dijeron que su estado de salud mental no era el mejor, tomó un fusil y amenazó a las personas que estaban allí.

La zona (carrera 7a. con calle 53) fue acordonada, produciendo un monumental trancón. Militares, médicos y un sacerdote lo convencieron de que se entregara.

OTROS CASOS

lirio de persecución y paranoia. Quería suicidarse, ser escuchado, que no lo persiguieran, lo que le dictaba su mente.

El capitán Medina del Ejército, al frente del caso, quiso persuadirlo de su intento de suicidio y en la negociación Galindo le permitió que se acercara para que le entregara el celular que había solicitado. Esta primera fase del encuentro terminó en "tablas": ni teléfono ni bajada de la torre.

Ayer, a las 7:45 a.m., el capitán volvió a hablarle. Como pudo trepó la antena, la charla fluyó, acabó en un apretón de manos y bajaron juntos.

Para los que se encontraban allí el hecho tenía un fin feliz. Y aunque doña Blanca* no había abierto todavía

su tienda, cercana a la casa de reinsertados, supuso lo mismo cuando una vecina la llamó para contarle que el señor Galindo, "que no da ni un sí ni un no, es querido y cumplido para pagar, como todos los que viven en el albergue", según contó la tendera, se quería matar. Pero a la historia le faltaba un pedazo.

Una Biblia en el canguro

Galindo, que ya no estaba aferrado a la antena sino a su maletín-canguro, entró a un taxi con el capitán, pero después de cinco minutos volvió a la casa a pie, con un cuchillo y argumentando que dos sicarios en moto lo iban a matar. La moto existía, pero sus ocupantes, policías de la Sijin,

CARLOS ARTURO GALINDO, izquierda, al momento de volver a la casa de reinsertación, asustado porque pensaba que lo estaban persiguiendo. *Claudia Rubio / EL TIEMPO*

iban a apoyar al capitán, pues habían visto a Galindo armado.

Eslava observaba como periodista y luego intervino. "No como medidora, ese no es mi trabajo, sino para intentar calmarlo". Dice que fue un acto reflejo.

El hombre pidió un carro particular y se montó en el de Radio Santafé (en el lugar). Eslava se fue en el de RCN, también allí. Luego de unas cuadras cambió para ir con Galindo.

El viaje le pareció eterno pero ahora que lo piensa dice que no fue tanto. Y después de que Galindo se tomó la pasta la relación fue fácil. Le dijo que lo llevaría a un lugar seguro que no podía ser el Batallón Guardia Presidencial, pedido por él, sino al de Sanidad, para que lo atendieran.

Galindo accedió y al llegar ella le pidió el cuchillo. Él lo sacó de su can-

guro, donde también guarda una Biblia. Le sonrió y le prometió que iba a leer más la palabra de Dios. Se lo dijo antes de lavarse las manos e irse con los médicos que lo tratan desde hace cuatro meses, y de abrazar a su familia, que lo esperaban allí.

Doña Blanca, en su tienda, se quedó tranquila. "Los muchachos de esa casa son buenos, no se les puede dar la espalda", dijo. Y la respaldó doña Rosa*, del salón de belleza, con su local enrejado por los ladrones de la zona y no por los reinsertados.

Una niña, en la casa de los reinsertados, miraba la calle. Al fondo, sillas plásticas, única imagen antes de que se cerrara la puerta y se oyera el paso del pestillo. Es fiel a su principio de vida: sentirse segura tras la guerra.

* NOMBRES CAMBIADOS.